

vida de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, la hallaremos, no más santa que la que el mismo Señor llevó sobre la tierra en carne mortal, pero quizá más adaptada, en la forma, para representar el ideal de la santidad cristiana. ¿Cómo puede ser esto así? me preguntaréis, amados fieles. Y yo os respondo: medita un momento en ese modo de ser de nuestro amable Salvador oculto, anonadado en el oscuro rincón del Tabernáculo. ¿Dónde están allí los esplendores del Tabor que revelen la virtud divina en la santa humanidad? ¿Dónde, esta misma humanidad visible, tangible, atrayendo hacia sí todos los corazones, como cuando peregrinaba por la tierra de Judea? Apagada está según todas las apariencias la luz de esa vida humano-divina, porque en la Eucaristía no hay nada que se mueva, que se vea, que se palpe de Jesucristo Dios y hombre; y sin embargo, allí está Él, allí palpita su corazón de carne, allí circula el fuego del amor con la sangre de sus venas. Ahora bien, hermanos míos: ¿no es esta forma de vida enteramente extinta á los sentidos, llena en realidad, oculta pero guardada en el seno de Dios, la que caracteriza á la más heroica santidad, conforme á aquellas palabras del Apóstol: *Muertos estáis; empero vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*¹? Sí, cristianos, la vida eucarística es tipo magnífico de la transformación del hombre por Jesucristo, porque ésta puede sintetizarse en la más perfecta espiritualización del hombre, ó sea, en su máxima segregación de todo lo que es sentidos y vida material, y luego en su mayor aproximación á lo divino, en su más alto grado de semejanza con la vida del cielo....

¹ Col. 3, 3.

13. *Revestíos*, pues, terminaré diciendo con el Apóstol, *revestíos*, carísimos hermanos, *del hombre nuevo, de aquél que fué creado, según el plan divino, en la justicia y verdadera santidad*¹. Revistámonos de Cristo, llevándole no sólo en el corazón sino también en nuestro exterior, á manera de riquísimo vestido, de suerte que aparezcamos ante Dios y los hombres, ante el cielo y la tierra, como otros tantos Cristos, hombres renovados enteramente por el espíritu del nuevo Adán. Tal apareció en la Iglesia en las pasadas edades el gloriosísimo Francisco, renovadas en sus pies, manos y costado las sagradas llagas del que las llevó por renovar al hombre llagado en cuerpo y alma, potencias y sentidos. Para alcanzar esta venturosa renovación de todo nuestro ser necesitamos de una nueva naturaleza, que es la gracia; pero ¿no es la sagrada Eucaristía la fuente copiosa de esa gracia, cuyo autor es el mismo Jesucristo? Tenemos, pues, cuanto necesitamos para efectuar la anhelada transformación. Aprovechémoslo. Así sea.

SERMÓN DUODÉCIMO

(predicado en la Catedral de Bogotá, enero de 1887).

La Paz, fruto de la sagrada Eucaristía, asegurada por el culto público del SS. Sacramento.

A fructu frumenti... multiplicati fideles, in pace Christi requiescunt.

Multiplicados los fieles por el fruto del sagrado trigo... descansan en la paz de Cristo.

Eccl. in Offic. SS. Sacram.

1. Entre las gratas perspectivas que ofrece al ánimo el Año Nuevo, la más hermosa, si no la más brillante,

¹ Eph. 4, 24.

es la de la paz.... ¿Por qué, cristianos? Porque sin este bien no hay bien alguno; con ella no hay mal que no sea en algún modo llevadero. Base de todo bienestar posible, es aun más la condición de todo goce sólido y perfecto. ¿Qué vendrá á ser un goce lleno de inquietudes, sino una copa de buen vino mezclado con amarga hiel? ¿Á qué conduciría la posesión de un bien cualquiera, si no fuese pacífica y tranquila? ¡Felicidad individual, sueño dorado de todos los mortales! ¿dónde encontrarte sino en la paz del corazón? ¡Ventura del hogar cristiano, encantos de la familia! ¿qué sois sin la tranquilidad doméstica? ¡Prosperidad pública, aspiración de todos los buenos patricios! ¿puede poseerte la nación que no disfruta de reposo? La naturaleza misma parece enseñarnos las dulzuras de la paz. Mirad esas ondas dormidas sobre la bruñida superficie del océano: la mar en calma, ¡qué perspectiva más bella para el medroso viajero que, en frágil leño, se lanza al océano, tremendo cuando airado! El cielo estrellado, inmóvil en apariencia; el aire sereno, la estación risueña... ¿por qué vierten en el alma impresiones tan suaves que no parecen sino emanaciones del paraíso? Es porque pintan la paz entre las grandes potencias beligerantes de la naturaleza, vientos, aguas, electricidad....

2. Al despuntar este nuevo año de gracia ¿podemos disfrutar de esa hermosa perspectiva en Colombia? Todo parece respondernos que sí: antecedentes, estado de los ánimos, elementos de toda clase....¹ ¿Y nada más que esto, amadísimos oyentes? Yo añado que hay un ele-

¹ Vencida la revolución de 1885, acababa de darse la nueva Constitución política de la República de Colombia, basada en los principios de la regeneración cristiana. La instrucción pública estaba reorganizada, etc.

mento más de primera importancia para la consolidación y afianzamiento de la paz, el elemento religioso, el culto solemne y verdaderamente social que aquí, como feliz augurio del año, se tributa al Dios sacramentado. Esto sí que nos promete días de engrandecimiento y de prosperidad, porque está escrito: *Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajarán los hombres por edificarla: si el Señor no guardare la ciudad, inútil es que velen los centinelas por guardarla*¹. Fruto cierto y espontáneo de la sagrada Eucaristía, según paso á exponer en la primera parte de mi discurso, la paz, no cualquiera sino la paz de Cristo, verdadera y única, es manantial de prosperidad para el pueblo cristiano, como veréis en la segunda. El asunto bien merece vuestra atención. Imploremos, etc. *Ave María*.

I.

3. La paz, he dicho, es fruto natural de la adorable Eucaristía. Y ¿cómo no, si el Dios eucarístico es aquél que tantas veces apellida la Escritura *Dios de paz*²? Sí, cristianos: el Dios de la Eucaristía es el Dios de Belén y del Calvario, es el verdadero Dios del cristianismo, *es nuestro Dios: Ipse est Dominus Deus noster*³. ¡*No hay otro Dios sino tú*⁴, soberano Señor sacramentado! En la Eucaristía se adunan por maravillosa manera los encantos de Belén con la sublime majestad del Calvario.... Hay aquí una víctima y un niño, hay cruz y pesebre, sudario fúnebre y blancos pañales. En el altar nace Jesús y muere juntamente: ¡oriente y ocaso prodigiosos! Nace á la voz del hombre que, por un

¹ Ps. 126, 1. 2.

² Rom. 15, 33 et alibi.

³ Ps. 94, 3.

⁴ Eccli. 36, 2.

extraño orden de cosas (obra de Aquél que todo lo hace nuevo¹), pronuncia el *fiat* sobre su Criador, y le hace aparecer bajo las místicas especies, cual si saliese de la nada. Muere en el mismo acto al filo de esa espada misteriosa, la misma voz del sacrificador, que separa la carne inmaculada de la divina sangre.... Nace para morir: muere naciendo. ¡He ahí el altar, Belén y Calvario al mismo tiempo!

4. Pero tanto en Belén como en el Gólgota, Jesús es el Rey victorioso que asienta sobre base incommovible el imperio de la paz. Apenas nacido en establo de bestias el Niño que el mundo debiera recibir en palmas, y recibe en duras pajas, el Párvulo anunciado por el Profeta como rico don del cielo², cuando un ejército de celestiales espíritus, mensajeros del mayor gozo que se oyó en la tierra, entonan á grandes coros el himno de la paz celebrada entre Dios y los hombres: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad*³. *Gloria... paz*: paz al hombre y gloria á Dios: unión eterna de la tierra y el cielo. Por lo cual dijo el Apóstol que Jesús, *que es nuestra paz*, unió los dos extremos⁴. ¡Gloria al recién nacido de Belén! ¡gloria al Dios de nuestros altares! Y en la cima nebulosa del monte Calvario ¿qué sucede? ¿qué se hace allí, en hora eternamente memorable, sino firmar y refrendar con sello de sangre divina el tratado de paz, el decreto de perdón, el Nuevo Testamento de perpetua alianza? ¡Sinaí, montaña venerable de la primera alianza! ¡Teatro de la majestad aterradora del Dios del trueno y el relámpago! ¡Calvario, monte de la mirra y collado

¹ Apoc. 21, 5.² Is. 9, 6.³ Luc. 2, 14.⁴ Eph. 2, 4.

del incienso¹, donde, entre arroyos de sangre divina, se deja admirar la misericordia infinita abrazada con la eternal justicia²! Uno y otro estáis representados al vivo en el altar de la Iglesia, aunque en él no corra sangre, ni crucen en derredor rayos, ni lo envuelva tiniebla misteriosa. Nuestro altar es el trono del Dios misericordioso del Gólgota y del terrible Dios del Sinaí, del Dios de paz en todas partes, en la Antigua y en la Nueva Alianza.

5. Y ¿cómo pudiera dejar de ser así, siendo Él sólo nuestro Dios? Sí, cristianos: el Dios que adoramos oculto en la Eucaristía, es el Dios verdadero y único, á quien cielo y tierra adoran, es el Dios del cristianismo, en cuyas aras inmolaron su vida diez y ocho millones de mártires al grito unísono de: *Credo in unum Deum*. El cristianismo y la venerable Eucaristía no sólo no pueden separarse, vivir el uno sin la otra, sino que son, en el fondo, una sólo y misma cosa: unión con Dios, adoración de Dios, vida de Dios en el hombre. Por eso es que el protestantismo, inconsecuente y caprichoso como la vana razón, suprimiendo el tabernáculo y arrasando el altar, ha derruído moralmente el templo, y aniquilado la religión que él pretendió reconstituir en su pureza primitiva. No hay religión sin templo, ni templo sin altar, ni altar sin sacrificio, ni otro sacrificio aceptable á Dios el día de hoy, que el de aquella *Hostia pacífica* que Él mismo, en su calidad de Pontífice de la creación, vino á inmolar en la tierra, queriendo que su inmolación se continuara por toda la duración de los siglos. Ahora bien, hermanos míos muy amados, el cristianismo es el dichoso reinado

¹ Cant. 4, 6.² Ps. 84, 11.

de la paz. *Pacificar los cielos y la tierra*¹, tal ha sido la gran obra del cristianismo, no siendo otra la misión del divino Redentor. En efecto; el cielo estaba en abierta hostilidad con la desventurada tierra, herida por la maldición²: para ella no tenía más que rayos y diluvios de agua y fuego, provocados en mal hora por la temeridad de Babel y las torpezas de Pentápolis. Mas he aquí que nace, lleno de magnificencia, el Rey Pacífico³ en Belén de Judá, y los cielos se han vuelto de miel⁴ para destilarla sobre la tierra. Ésta, á su vez, ardía en vivas llamas de universal discordia, no viendo sobre su faz sino espectáculos fieros de guerra fratricida. La tradición de Caín se había perpetuado ¡ay! por largos siglos, durante los cuales la historia del mundo no es más que el cuadro espantoso de la lucha feroz del hombre con el hombre. Por fin, cansado el hombre de luchar, adormecidas las pasiones ó subyugadas por el brazo providencial de Roma, aparece en el horizonte social la aurora de la calma, de aquella hermosa y larga paz que la historia ha llamado octaviana, precursora de otra paz más dichosa y más estable. Era que venía ya del cielo el gran monarca, quebrantador del acero y destructor de las armas homicidas, el que había de echar al fuego los escudos del guerrero⁵.

6. Tal es el hecho, hecho más refulgente que la luz del día; que, si bien no terminaron de una vez para siempre las guerras en el seno de la familia humana, fueron siquiera desde entonces menos crueles, y hubo ya en la tierra elementos vigorosos y gérmenes fecun-

¹ Col. 1, 20.

² Gen. 3, 17.

³ Rex pacificus magnificatus est (Ecl. in offic. Nativ. Domini).

⁴ Melliflui facti sunt caeli (ibid.).

⁵ Ps. 45, 10.

dos de paz en las ideas y sentimientos implantados por la doctrina de Cristo, gérmenes que, andando el tiempo, dilataron las fronteras de la paz¹, arrojando la guerra á los confines de las gentes bárbaras. Pues no es otra la teoría de la divina religión de Cristo. Mientras tanto que las otras religiones, sin excepción, desde las altas teosofías griegas hasta las enmarañadas teogonías del oriente, intentan llevar la guerra al mismo cielo, introduciendo con las pasiones incendiarias la discordia en el Olimpo, sublevando dioses contra dioses, ó bien sustentando eterna lucha entre los dos principios supremos, eternamente irreconciliables, del bien y del mal; el cristianismo, como única revelación de la verdad digna de Dios y del hombre, su imagen, nos pone delante, en la paz inalterable de la Trinidad beatísima y en la unidad perfectísima de las divinas Personas, así el tipo de la paz del hombre como el ideal de la felicidad verdadera, la ley del amor y la sanción de la fraternidad. Con esta revelación tan sublime en su objeto, como clara y sencilla en sus términos, con la adoración y culto de la Trinidad divina, ¿no debían quedar extirpados en el campo social todos los gérmenes de guerra? ¿no debían ser en adelante uno en caridad todos los hombres, como lo son en esencia las Personas divinas²? Sin duda, cristianos, si esta celestial doctrina llegase á penetrar en todos los espíritus, y á ser la ley de los pueblos y naciones, reducidos todos al conocimiento y amor de Jesucristo. Porque esa *paz de Dios*³, como la llama el Apóstol, esa paz eterna que reina en el seno de la Divinidad, ha sido traída del cielo á la tierra, cual precioso fruto, por el Espíritu santo y santifica-

¹ Ps. 147, 14.

² Io. 17, 11.

³ Phil. 4, 7.